

AUGUSTO CURY

El
vendedor
de
sueños

LA NOVELA QUE REGALA ILUSIONES



El autor que ha cautivado a más de doce millones de lectores

El personaje principal de este libro, el vendedor de sueños, está dotado de un gran atrevimiento. Proclama a los cuatro vientos que las sociedades modernas se han convertido en un gran manicomio global, donde lo normal es estar ansioso y estresado, y lo anormal es ser saludable, tranquilo y sereno. Con una elocuencia cautivadora, estimula la mente de todos los que pasan por su vida, ya sea en las calles, en las empresas, en los centros comerciales o en las escuelas, torpedeando siempre a las personas con innumerables preguntas.

Dedico esta novela a los queridos lectores de todos los países donde se han publicado mis libros. En especial a los que de alguna manera venden sueños por medio de su inteligencia, capacidad crítica, sensibilidad, generosidad y amabilidad. Los vendedores de sueños suelen ser marginales en la sociedad. Son anormales. Porque lo normal es revolcarse en el lodo del individualismo, el egocentrismo y el personalismo. Su legado será inolvidable.

Prefacio

Ésta es mi cuarta obra de ficción y mi vigésimo segundo libro. El objetivo de mis novelas, como *O futuro da humanidade* y *A ditadura da beleza*, no es solamente crear tramas entretenidas, divertidas o emocionantes. Todas ellas tienen la intención de provocar el debate, viajar por el mundo de las ideas y superar las fronteras del prejuicio.

Escribo desde hace más de veinticinco años y hace poco más de ocho que publico. Tengo más de tres mil páginas todavía inéditas. Muchos no entienden por qué mis libros se venden tanto, ya que no me atrae la propaganda, y, dentro de lo posible, mantengo una vida social limitada. El éxito tal vez se deba a los viajes por el insondable mundo de la mente humana, pero la verdad es que no lo merezco. Soy un autor decidido, aunque no escribo con la agilidad que desearía. A veces bromeo y digo que soy un gran cabeza dura. Trato de ser un artesano de las palabras. Escribo y reescribo cada párrafo, día y noche, como si fuera un escultor compulsivo. En esta novela vas a ver distintos pensamientos esculpidos después de haber sido reescritos, forjados en mi psique unas diez o veinte veces.

Hay libros que salen del núcleo del intelecto; otros surgen de las entrañas de la emoción. *El vendedor de sueños* salió de lo más profundo de ambos. Lo estuve elaborando durante muchos años, hasta que llegó el momento de escribirlo. Mientras lo hacía, me bombardearon innumerables dudas, sonreí mucho y, al mismo tiempo, repensé nuestras locuras, por lo menos las mías. Esta novela pasea por los valles del drama y de la sátira, por la tragedia de los que

perdieron y por la ingenuidad de quienes hicieron de la existencia el escenario de un circo.

El personaje principal, el vendedor de sueños, está dotado de un gran atrevimiento. Esconde muchos secretos. Nada ni nadie, a no ser su propia conciencia, controla sus gestos y palabras. Grita a los cuatro vientos que las sociedades modernas se han convertido en un gran manicomio global, donde lo normal es estar ansioso y estresado, y lo anormal es ser saludable, tranquilo y sereno. Él estimula la mente de todos los que pasan por su vida, ya sea en las calles, en las empresas, en los centros comerciales o en las escuelas, siempre torpedeando a las personas con innumerables preguntas.

Sueño con que este libro lo lean no sólo los adultos, sino también los jóvenes, pues pienso que muchos de ellos están a punto de convertirse en siervos pasivos del sistema social. No los entusiasman ni los sueños ni las aventuras. A pesar de las excepciones, se han transformado en consumidores de productos y de servicios, no de ideas. Sin embargo, consciente o inconscientemente, todos quieren una vida repleta de emociones burbujeantes, como la de los bebés cuando se arriesgan a salir de la cuna. Pero ¿dónde encontrar emociones en abundancia? ¿En qué espacio de la sociedad se encuentran? Algunos pagan mucho dinero por alcanzarlas, pero viven angustiados. Otros se desesperan en busca de fama y reputación, pero mueren aburridos. Otros incluso escalan empinadas montañas para tener algunas dosis de aventura, pero todo se disipa con el calor del día siguiente. Los personajes de esta novela van a contracorriente de la arrasadora rutina social. Segregan altas dosis de adrenalina a diario. Sin embargo, el «negocio» de vender sueños tiene un alto precio. Por eso los acompañarán riesgos y vendavales.

El encuentro

En el más inspirador de los días, el viernes, a las cinco de la tarde, personas apresuradas —como de costumbre— se aglomeraban en un importante cruce de avenidas de la gran metrópoli. Afligidas, miraban hacia arriba, a la intersección de la calle América con la avenida Europa. El sonido estridente de un coche de bomberos invadía los cerebros y anunciaba peligro. Una ambulancia intentaba abrirse paso en el embotellamiento para aproximarse al lugar.

Los bomberos llegaron con rapidez y aislaron el área, impidiendo que los espectadores pudieran acercarse al imponente edificio San Pablo. El bloque pertenecía al grupo Alfa, uno de los mayores grupos empresariales del mundo. Los ciudadanos se miraban de reojo, y los que llegaban llevaban una pregunta en el semblante. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué movimiento era aquél? Las personas señalaban hacia arriba. En el piso veinte, en el alero del hermoso edificio recubierto de espejo, se inclinaba un suicida.

Otro ser humano que quería abreviar la de por sí brevísima existencia. Otra persona que planeaba dejar de vivir. Eran tiempos tristes. Morían más personas por la decisión de acabar con su vida que a causa de las guerras o los homicidios. Las cifras dejaban atónitos a quienes reflexionaban sobre el asunto. La experiencia del placer se había vuelto extensa como un océano, pero tan rasa como un espejo de agua. Muchos de los privilegiados financiera e intelectualmente vivían vacíos, aburridos, aislados en su mundo. El sistema social asolaba no sólo a los miserables, sino también a los adinerados.

El suicida de San Pablo era un hombre de unos cuarenta años, de rasgos bien dibujados, cejas gruesas, piel con pocas arrugas y cabello gris semilargo y bien cortado. Su erudición, fruto de muchos años de instrucción, ahora se reducía a polvo. De las cinco lenguas que hablaba, ninguna le era útil para dialogar consigo mismo; ninguna le servía para comprender el idioma de sus fantasmas interiores. Una crisis depresiva lo asfixiaba. Vivía sin sentido, nada despertaba en él ninguna emoción.

En aquel momento, sólo el último instante parecía atraerlo. Ese fenómeno monstruoso que se suele llamar «muerte» le parecía tan aterrador... Pero era, también, una solución mágica para aliviar los trastornos humanos. Nada parecía poder quitarle a ese hombre la idea de acabar con su vida. Miró hacia arriba, como si buscara redimirse de su último acto, luego bajó la vista y dio dos pasos rápidos, sin preocuparse por si se caía. Un murmullo recorrió la multitud, segura de que saltaría.

Algunos observadores se mordían las uñas nerviosos. Otros ni parpadeaban, para no perderse detalle de la escena; el ser humano detesta el dolor, pero siente una atracción fortísima por él; rechaza los accidentes, las tragedias y las miserias, pero todos seducen su retina. El final de aquel acto traería angustia e insomnio a los espectadores, pero ellos se resistían a abandonar la terrorífica escena. En contraste con la platea ansiosa, los automovilistas prisioneros en el tráfico se impacientaban y tocaban el claxon sin parar. Algunos sacaban la cabeza por la ventanilla y gritaban: «¡Salta ya y termina con este espectáculo!».

Los bomberos y el jefe de policía subieron a lo más alto del edificio para disuadir al suicida. No tuvieron éxito. Ante el fracaso, llamaron a un renombrado psiquiatra a toda prisa para que se ocupara de ello. El médico intentó ganarse la confianza del hombre, lo invitó a pensar en las consecuencias de su acto... pero fue inútil. El suicida conocía esas técnicas; con él ya habían fracasado cuatro tratamien-

tos psiquiátricos. Ante la presión, amenazaba: «¡Un paso más y salto!». Tenía una única certeza, que la muerte lo silenciaría todo. Realmente lo creía así. Su decisión estaba tomada, con o sin público. Su mente se detenía en sus frustraciones, removía sus tragedias, alimentaba la fuerza de su angustia.

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en las alturas del edificio, un hombre se abrió paso entre la multitud. A primera vista era un transeúnte mal vestido. Llevaba una camisa azul de manga larga desabotonada, con algunas manchas, encima, una chaqueta negra arrugada. No usaba corbata. El pantalón, negro, también estaba arrugado, y el hombre parecía no haber visto el agua desde hacía una semana por lo menos. Llevaba el pelo largo y despeinado e iba sin afeitarse. La piel seca y con arrugas alrededor de los ojos evidenciaba que a veces no dormía nada bien. Tenía entre treinta y cuarenta años, pero aparentaba más. No daba la impresión de ser una autoridad política ni espiritual, ni mucho menos intelectual. Su figura estaba más próxima a la de un marginado social que a la de un icono del sistema.

Su apariencia carente de magnetismo contrastaba con los movimientos delicados de sus gestos. Tocaba suavemente los hombros de las personas, les sonreía y pasaba a su lado. La gente no sabía cómo describir la sensación cuando los tocaba, y terminaban por dejarlo pasar.

El caminante se aproximó al cordón de aislamiento impuesto por los bomberos, fijó la vista en quienes le impedían el paso y dijo categóricamente:

—Tengo que entrar. Él me está esperando.

Los bomberos lo miraron de arriba abajo y negaron con la cabeza. Parecía un necesitado de ayuda, más que una persona útil en una situación tan difícil.

—¿Cómo se llama? —le preguntaron, sin pestañear.

—¡Eso no importa en este momento! —respondió con firmeza el hombre misterioso.

—¿Quién lo ha llamado? —insistieron los bomberos.

—¡Ya lo sabrá cuando llegue el momento! Y si pierden más tiempo interrogándome, tendrán que preparar un funeral —respondió, mirando hacia arriba.

Los bomberos empezaron a sudar. Uno sufría ataques de pánico, el otro insomnio. La última frase del hombre misterioso los perturbó. Con gran osadía, se abrió paso entre ellos. «A fin de cuentas —pensaron— tal vez sea un psiquiatra excéntrico, o un pariente del suicida.»

Cuando estaba llegando a la cima del edificio, lo detuvieron una vez más. El jefe de policía fue inflexible.

—Alto ahí, usted no debería estar aquí.

Le dijo que debía bajar inmediatamente, pero el enigmático hombre fijó su mirada en él y replicó:

—¿Cómo que no puedo pasar, si me han llamado ustedes?

El jefe de policía miró al psiquiatra, quien a su vez miró al jefe de bomberos. Se interrogaban con los ojos el uno al otro para saber cuál de los tres lo había llamado. Esos segundos de distracción bastaron para que el misterioso personaje saliera de la zona de seguridad y se aproximara peligrosamente al hombre que estaba cerca de su último suspiro.

Cuando se dieron cuenta, ya no había tiempo para detenerlo. Cualquier advertencia podría llevar al suicida a ejecutar lo que intentaba hacer. Tensos, prefirieron esperar el desarrollo de los acontecimientos.

El hombre se acercó sin preocuparse por la posibilidad de que el suicida se arrojara del edificio, y se quedó a tres metros de él. Al percibir al intruso, el otro gritó inmediatamente:

—¡Váyase o salto!

La amenaza resultó indiferente al extraño. Con la mayor naturalidad del mundo, se sentó en el alero del edificio, sacó un bocado del bolsillo de la chaqueta y empezó a

comérselo con deleite. Entre uno y otro mordisco, silbaba una canción, feliz de la vida.

El suicida no supo qué pensar. Lo tomó como una afrenta. Sintió que le faltaba el respeto a sus sentimientos.

—Pare ya de cantar. Me voy a tirar —gritó.

—¿Me podrías hacer el favor de no interrumpir mi cena? —dijo el extraño con vehemencia. Y siguió comiendo, mientras movía las piernas con placer. A continuación miró al suicida, y con un gesto le ofreció un pedazo.

Al verlo al jefe de policía le temblaron los labios, al psiquiatra casi se le salieron los ojos de las órbitas y el jefe de bomberos, perplejo, frunció el cejo.

El suicida no supo cómo reaccionar. Y pensó: «¡Esto no es posible! He encontrado a alguien más loco que yo».

La presentación

Que alguien se pusiera a comer un bocadillo con evidente placer delante de una persona que estaba a punto de matarse era una escena surrealista. Parecía sacada de una película. El suicida entrecerró los ojos, respiró aún más deprisa y contrajo todavía más los músculos de la cara. No sabía si debía tirarse, gritar o pelearse con el extraño. Jadeante, chilló:

—¡Váyase! Me voy a tirar. —Y se balanceó, a punto de caer. Daba la impresión de que esta vez realmente se aplastaría contra el suelo. La multitud susurró, presa del pavor, y el jefe de policía se tapó los ojos con las manos para no ver la desgracia.

Todos esperaban que, para evitar el accidente, el extraño hombre abandonara inmediatamente la escena. Podría haberle dicho, como ya habían hecho el psiquiatra y el policía: «¡No lo haga! Ya me voy», o dar un consejo del tipo: «La vida es bella. Todo tiene solución. Todavía tiene muchos años por delante». Sin embargo, de un salto se colocó rápidamente en pie, y para asombro de todos y en especial del suicida, soltó un poema filosófico en voz alta. Lo declamaba mirando al cielo y señalando con las manos en dirección de aquel que quería acabar con su vida:

*¡Que se anule en el paréntesis del tiempo el día
que este hombre nació!*

*¡Que se disipe el rocío que en la mañana de ese
día humedecía la hierba!*

*¡Que se detenga la claridad de la tarde que llevó
júbilo a los caminantes!*

*¡Que la angustia usurpe la noche en que este
hombre fue concebido!*

*¡Que de esa noche se rescate el brillo de las es-
trellas que titilaban en el cielo!*

*¡Que se eliminen de su infancia sus sonrisas y sus
miedos!*

*¡Que se anulen sus peripecias y las aventuras de
su niñez!*

*¡Que se borren los sueños y las pesadillas, y la lu-
cidez y las locuras de su madurez!*

Tras recitar el poema a todo pulmón, el extraño se dejó ganar por un aire de tristeza y, bajando el tono de voz, empezó a contar. La multitud, atónita, se preguntaba si aquello no sería una obra teatral al aire libre. El policía tampoco sabía cómo reaccionar. ¿Qué sería mejor, intervenir o seguir de cerca el curso de los acontecimientos? El jefe de bomberos miró al psiquiatra, como pidiendo ayuda.

—No conozco ningún libro que hable de anular la existencia y recoger sonrisas. No sé nada de poesía. ¡Debe de ser otro loco! —contestó éste.

El suicida se quedó pasmado, casi en estado de choque. Las palabras del desconocido resonaban en su mente. Indignado, replicó con violencia:

—¿Quién es usted para querer asesinar mi pasado? ¿Qué derecho tiene a destruir mi infancia? ¿Cómo se atreve? —Pero después de increpar al hombre con esas frases, pensó: «Entonces, ¿no sería yo el autor de ese asesinato?». Pero luchaba por disipar cualquier duda.

Viéndolo pensativo, el extraño se atrevió a provocarlo todavía más.

—¡Cuidado! Pensar es peligroso, especialmente para quien desea morir. Si quieres matarte, no pienses.

El suicida se avergonzó y pensó: «¿Este sujeto me está dando ánimos para que me mate? ¿Estaré delante de un sádico? ¿Quiere ver sangre?». Sacudió la cabeza, como si así pudiese interrumpir sus fantasías, pero los pensamientos siempre traen deseos impulsivos. Al percibir la confusión mental del suicida, el extraño habló con suavidad no exenta de contundencia:

—¡No pienses! Porque si lo haces, te darás cuenta de que quien se mata comete múltiples homicidios. Primero, se mata a sí mismo; y después, a los que se quedan. Si piensas, entenderás que la culpa, los errores, las decepciones y las desgracias son privilegios de una vida consciente. ¡La muerte no tiene esos privilegios!

Enseguida, el desconocido abandonó su estado de confianza y pasó al de angustia. Pronunció el número cuatro y negó con la cabeza con indignación.

El suicida se paralizó. Quería rechazar las ideas del extraño, pero eran como un virus que penetraba en todos los circuitos de su mente. ¿Qué palabras eran ésas? Molesto, y deseoso de resistirse a las reflexiones, se enfrentó a él:

—¿Quién eres tú, que en lugar de convencerme, me provoca? ¿Por qué no me tratas como a un desgraciado enfermo mental, digno de lástima? —Y, levantando el tono de voz, continuó—: ¡Déjame solo! No soy más que un hombre totalmente acabado.

En vez de dejarse intimidar, el extraño hombre perdió la paciencia y contraatacó:

—¿Quién dice que eres una persona frágil, o un pobre deprimido al que se le agotó el placer de vivir? ¿O alguien sin ningún privilegio... o un frustrado? ¿O un moribundo que no puede con el peso de sus pérdidas? Para mí, tú no eres nada de eso. Para mí, sólo eres un hombre orgulloso, prisionero en su cárcel emocional, alienado por desgracias mayores que las tuyas.

El suicida levantó ambas manos y retrocedió, asustado. Rabioso, con la voz contenida, preguntó:

—¿Quién eres tú para llamarme orgulloso y prisionero en mi cárcel emocional? ¿Quién eres tú para decirme que estoy alienado por sufrimientos mayores que los míos? — Sentía que le habían dado de lleno, y eso lo había dejado atónito. El intruso había acertado. Sus pensamientos penetraron como un rayo hasta los últimos rincones de su mente. En ese momento, pensó en su padre, que destruyó su infancia y le causó tanto dolor. Su padre emocionalmente distante, siempre alienado, enclaustrado en sí mismo. Pero el suicida no hablaba de ese tema con nadie; le era en extremo difícil lidiar con las cicatrices del pasado. Trastornado por esos recuerdos angustiantes, dijo en tono más suave, con lágrimas en los ojos:

—Cállate. No digas nada más. Déjame morir en paz.

Al notar que había tocado una herida profunda, el otro hombre también bajó el tono de voz.

—Yo respeto tu dolor, y no puedo elaborar ninguna tesis sobre él. Tu dolor es único, y eres el único que realmente puede sentirlo. Te pertenece a ti y a nadie más.

Esas palabras iluminaron los pensamientos del suicida y estuvieron a punto de convertirlos en llanto. Entendió que nadie puede juzgar el dolor de los otros. Comprendió que el dolor de su padre había sido único y, por tanto, nadie que no fuera él mismo podía haberlo sentido. Siempre había condenado con vehemencia a su progenitor, pero por primera vez lo vio con otros ojos. En ese instante, para su sorpresa, el intruso dijo unas palabras de las que era difícil decir si eran elogios o críticas.

—Para mí, tú también eres un ser humano valiente, ¡pues proyectas aplastar tu cuerpo a cambio de una larga noche de sueño en el claustro de una tumba! Sin duda, es una bella ilusión. —E interrumpió su discurso, para que el suicida se diera cuenta de las imprevisibles consecuencias de su acto.

Una vez más, el hombre deprimido se preguntó sobre la extraña figura que había surgido de la nada para entorpe-

cer sus planes. ¿Quién era? ¡Qué cosas decía! Una noche de sueño eterno en el claustro de una tumba. Esa idea le parecía repugnante. Sin embargo, empeñado en llevar su proyecto adelante, replicó:

—¡No veo ningún motivo para seguir con esta vida de mierda! —rezongó con vehemencia, y frunció el cejo, atormentado por las ideas que le llegaban sin pedir permiso.

El desconocido contestó con energía:

—¿Vida de mierda? Pero ¡qué ingratitud! En este instante, tu corazón debe de querer salirse del pecho y protestar con lágrimas de sangre por el exterminio de la vida! —Después, con rara elocuencia, cambió el tono de voz en un intento por reproducir la del corazón del suicida—. «¡No, no! ¡Un poco de compasión, por favor! Yo he bombeado sangre incansablemente, millones de veces. He resuelto tus necesidades, he sido tu siervo y nunca te he reclamado nada. ¿Y ahora me quieres acallar, sin siquiera darme el derecho a defenderme? Mira... yo he sido el más fiel de los esclavos. ¿Y cuál es mi premio? ¿Cuál es mi recompensa? ¡Una muerte estúpida! Quieres interrumpir mis latidos sólo para detener tu sufrimiento. ¡Ah! Pero ¡qué tremendo egoísta eres! ¡Ojalá también pudiera bombearte coraje! ¡Enfréntate a la vida, pedazo de egocéntrico!» —E, instigando al suicida, le pidió que prestara atención a su pecho para poder advertir la angustia de su corazón.

El hombre sintió cómo le palpitaba. No había notado que lo tenía a punto de explotar. De hecho, parecía que le gritase dentro del pecho. El suicida se desanimó. Lo impresionó el impacto que las palabras de aquel extraño tenían en sus pensamientos.

Pero cuando parecía derrotado, mostró un poco de la determinación que todavía le quedaba.

—Ya he decidido mi muerte. No hay esperanza.

El otro, entonces, le dio la puntilla final:

—¿Ya has dictado sentencia? ¿Sabías que el suicidio es la condena más injusta? Porque quien se mata ejecuta